



LÓPEZ GUTIÉRREZ, Luciano. "Del mito a la leyenda urbana: los hijos del agua y otros embarazos y engendros prodigiosos". *Culturas Populares. Revista Electrónica* 4 (enero-junio 2007), 16pp.
<http://www.culturaspopulares.org/textos4/articulos/lopez.pdf>

ISSN: 1886-5623

DEL MITO A LA LEYENDA URBANA:

LOS HIJOS DEL AGUA Y OTROS EMBARAZOS Y ENGENDROS PRODIGIOSOS

LUCIANO LÓPEZ GUTIÉRREZ

I.E.S. "Dolores Ibárruri" (Fuenlabrada, Madrid)

Para Araceli, como todo.

Resumen

Análisis de mitos, creencias, cuentos y leyendas sobre embarazos milagrosos en madres vírgenes, que se atestiguan en muchas épocas (desde la antigüedad clásica hasta hoy) y en muchas tradiciones culturales de todo el mundo.

Palabras clave: Mito leyenda, cuento, leyenda urbana, embarazo, prodigio, agua, simbolismo.

Abstract

This paper analyzes myths, beliefs, short stories and legends about miraculous pregnancies of virgin women, from the classical ages to nowadays, in many cultural traditions around the world.

Keywords: *Myth, Legend, Folk Tale, Urban Legend, Pregnancy, Prodigy, Water, Symbolism.*

En la famosa comedia de José Luis Alonso de Santos *Bajarse al moro*, estrenada en Madrid en el ya lejano 1985, concretamente en su primer acto, nos encontramos con que la vivaracha Chusa y la ingenua Elena han decidido viajar a Marruecos para pasar a España clandestinamente hachís, pero se les plantea el problema de que esta última no puede introducirse las bolas de doble cero en su vagina porque todavía es virgen, lo cual provoca la indignación de su protectora amiga y, a renglón seguido, el relato del extraño episodio del embarazo de la madre de la mencionada Elena:

CHUSA. Más vergüenza tenía que darte ser virgen en mil novecientos ochenta y cinco, y tan mayor. Debes quedar tú sola, guapa.

ELENA. Yo y mi madre. También es virgen, ¿sabes?

CHUSA. ¿Quién? ¿Tu madre? Sí claro. Y a ti te trajo la cigüeña.

ELENA. De cesárea. Nací de cesárea. Y se quedó embarazada en una piscina municipal, con el bañador puesto y todo, y eso que era de los antiguos. Bueno, eso dice ella.

CHUSA. ¿En una piscina? ¿En una piscina municipal? Sería al tirarse del trampolín. Habría uno debajo haciendo la plancha, y ¡zas!

ELENA. Es de verdad, no te lo tomes a broma. Yo soy hija de mi madre y de un espermatozoide buceador.

CHUSA. Desde luego que no te puedes fiar. ¿Quién sería el animal que se puso allí a...? ¡Hay que ser burro y bestia, y...! ¡Ay, perdona, tú! No me había dado cuenta de que era tu padre¹.

Evidentemente, Alonso de Santos se sirve de la narración de este lance de la vida de la madre de Elena para mostrar la candidez de esta en tono decididamente burlón, pero la historia, de gran antigüedad como seguidamente veremos, entronca, con una serie de leyendas muy extendidas que giran en torno a embarazos prodigiosos (algunos de ellos también de vírgenes) que suelen reflejar el miedo a empreñar de las adolescentes.

Así, Jan Harold Brunvand en su utilísima obra *El fabuloso libro de las leyendas urbanas* incluye un famoso relato de estas características que llegó incluso a ser publicado en una revista médica: durante una sangrienta batalla, un soldado fue herido en el escroto, y la bala le arrancó el testículo izquierdo. Una muchacha que vivía en una casa a trescientos metros del lugar en que se libraba el encarnizado combate también fue herida en el abdomen por una bala perdida. Meses más tarde la muchacha parió un hermoso niño de cuatro kilos, aunque ella aseguraba que continuaba virgen y en consecuencia no había tenido relaciones sexuales con varón alguno. El bebé, que nació perfectamente sano, pasados algunos días, lloraba constantemente, como si estuviera sufriendo agudos dolores, y el médico, que resulta ser el mismo que atendió a su madre y al soldado herido en la batalla, descubre que el recién nacido tiene alojada en su propio escroto la misma bala perdida que atravesó el testículo de su padre y trasvasó restos de su semen al útero de su madre².

En esta misma línea, el folclorista sueco Bengt af Klintberg también recoge un caso de preñez verdaderamente portentosa: un hombre tiene relaciones sexuales con una prostituta negra y, a las pocas horas, yace con su propia esposa, que a los consabidos nueve meses pare un niño de color, sin haber mantenido trato sexual alguno con

¹ José Luis Alonso de Santos, *Bajarse al moro*, edición de Fermín Tamayo y Eugenia Popeanga (Madrid: Cátedra, 2005), pp. 124-125.

² Véase Jan Harold Brunvand, *El fabuloso libro de las leyendas urbanas. Demasiado bueno para ser cierto* (Barcelona: Alba Editorial, 2002), v. II, pp. 326-331.

ninguna persona de esta raza. Tras arduas investigaciones por parte de su ginecólogo, se resuelve el enigma: la hetaira en cuestión se había acostado poco antes de prestar sus servicios al marido adúltero con un cliente negro, y, como no se había lavado después de haber realizado el acto sexual, traspasó el esperma del hombre negro a la mujer a través del órgano genital de su propio marido, que tampoco debía de ser muy partidario de la higiene íntima³.

Asimismo, dentro de nuestro propio país, tiene bastante vigencia, aún en nuestros días, este tipo de leyendas, como demuestra el profesor José Manuel Pedrosa en su magnífico libro *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*, donde, en un capítulo que él intitula “embarazos prodigiosos”, aparecen chicas que se quedan embarazadas, pongamos por caso, por usar un servicio previamente utilizado por un chico, por realizar una felación y tragarse el semen, por practicar el coito anal teniendo una fístula que comunica con el útero, o, simplemente, por tomarse un helado⁴.

Y hasta tal punto ello es así que hace solamente unos días, a mí mismo me han contado uno de estas preñeces milagrosas: un chico eyaculó en un pañuelo. Un tiempo después, su novia se vio precisada a usarlo, porque le había venido la regla y no disponía de ninguna compresa a mano. Como consecuencia de ello, la chica quedó, sin remisión, embarazada.

La antigüedad de tales embarazos portentosos es notable, ya que en pleno siglo XVI el cirujano Ambroise Paré, en su indispensable libro *Monstruos y prodigios*, se ve en la obligación de demostrar, por ejemplo, que no es posible quedarse embarazada si los diablos arrojan el semen de un hombre muerto sobre el regazo de una mujer, o si se implanta en la matriz esperma que se ha recogido de la tierra:

Es absurdo por parte de Pierre de la Pallude y de Martín d' Arles el sostener que, si los diablos derraman semen de un hombre muerto en el regazo de una mujer, de ello puede engendrarse una criatura: esto es manifiestamente falso, y para rebatir esta vana opinión diré solamente que el semen, que está hecho de sangre y espíritu y es apto para la generación, si se trasporta poco o nada, al punto se corrompe o altera, y su virtud queda por consiguiente totalmente extinguida, al faltar el calor y el espíritu del corazón y de todo el cuerpo, de forma que ya no es templado ni en calidad, ni en cantidad. Por esta razón los médicos han considerado que es estéril el hombre que tuviera la verga viril demasiado larga, debido a que el semen, al recorrer tan largo camino, se ha enfriado ya antes de que la matriz lo reciba. También cuando el hombre se separa de su compañera con relativa prontitud, una vez emitido el semen, este puede verse alterado

³ Cf. Antonio Ortí y Josep Sampere, *Leyendas urbanas en España* (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2000), pp. 162-163.

⁴ José Manuel Pedrosa, *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas* (Madrid: Editorial Páginas de Espuma, 2004), pp. 269-272.

por el aire que penetra en la matriz, no produciéndose por ende fruto alguno. Así pues, puede comprobarse hasta qué punto se equivocó torpemente Alberto el Escoliasta, al escribir que si vuelve a colocarse dentro de la matriz el semen caído en tierra, sería posible la concepción⁵.

En efecto, tales preñeces inverosímiles gozaron de una enorme difusión en diferentes culturas antiguas, y quizás reflejan restos de creencias animistas y totémicas, en el marco de las cuales se considera perfectamente normal que las mujeres queden grávidas por los efectos, por supuesto, del agua, pero también del aire, de las piedras, de los rayos solares o de la ingestión de determinados alimentos. Y hasta por el simple contacto con ciertas plantas.

Así, por ejemplo, en Asturias existía la especie de que por pisar una borraja una joven se podía quedar embarazada. Y Gonzalo de Berceo, en los *Milagros de Nuestra Señora*, relata un asombroso caso de una abadesa que resultó preñada por haber pisado “una hierba muy enconada”. Y es que, como recuerda don Álvaro Cunqueiro, a propósito de la doncella Brialar de Logor, había hierbas muy verriondas en los siglos oscuros del Medioevo:

Que existen estas hierbas, no hay duda alguna para muchos autores antiguos. Las hierbas y plantas susodichas tienen los más diversos aspectos, ya forma fálica, ya forma antropomorfa, ya la capacidad reptante. Por ejemplo de este último caso, digamos la aventura de la doncella Brialar de Logor, quien viajando por la grande y antigua selva de Brocelandia, se detuvo a beber en una fuente clara, y luego decidió echar una siesta en el verde campo florido, que era por vísperas de San Juan; tumbada en el campo, su pierna derecha quedó mismamente junto a una trepadora enconada, la cual, habiéndose quedado dormida doña Brialar, se lanzó a enroscarse pantorrilla y muslo arriba, y hubiese violado a doña Brialar si esta no tuviese el sueño ligero y despertase a gritos notando que le andaban en la cosa. Y un su paje con su espada cortó la trepadora enconada, la cual sangró. Un minuto más y doña Brialar queda preñada. En Irlanda también había plantas de estas cerca de las fuentes⁶.

Y, en efecto, también podemos encontrar testimonios de estas fecundaciones florales en la mitología grecolatina, pues no de otra manera explica Ovidio en *Fastos* el nacimiento de Marte: Juno estaba airada porque su esposo Júpiter había logrado tener a Minerva por sí solo, sin necesidad de su colaboración, así que acudió a la diosa Flora para que la ayudara a engendrar sin auxilio de ningún macho, y esta le proporcionó una extraña flor con cuyo simple contacto la madre de los dioses concibió al dios de la

⁵ Ambroise Paré, *Monstruos y prodigios*, traducción de Ignacio Malaxecheverría (Madrid: Siruela, 1993), pp. 82-83.

⁶ Álvaro Cunqueiro, *La bella del dragón: de amores, sabores y fornicios*, edición de César Antonio Molina (Barcelona: Tusquets, 1991), pp. 115-116. Es muy probable, no obstante, que Berceo se refiera al lance de la “hierba muy enconada” de manera irónica y eufemística.

guerra, lance al que se refiere jocosamente en nuestros Siglos de Oro Castillo Solórzano en su obra de poesía burlesca *Donaires del Parnaso*:

Entre los dioses festivos,
el bélico Marte hallóse,
avalemtado de vista
arriscado de bigotes;
hijo nacido sin padre,
por la virtud de unas flores,
siendo la mayor patraña
que Ovidio esparció en el orbe⁷.

Asimismo, si hacemos una incursión en las creencias que sobre la preñez de determinados animales tienen los antiguos filósofos y naturalistas, nos resultará difícil salir de nuestro asombro. Por ejemplo, el propio Aristóteles, en su *Historia de los animales*, sostiene la opinión, que gozará de singular fortuna, de que las yeguas pueden ser fecundadas por el viento, sin ser necesario que copulen con macho alguno:

Entre las hembras, se pirran por copular, la que más la yegua, y luego la vaca. Así pues, las yeguas se vuelven locas por los caballos: de donde viene que sea este el único animal cuyo nombre se utiliza en sentido ofensivo contra las mujeres que se pierden por los placeres sexuales. Se dice también de las yeguas que, cuando se encuentran en esa coyuntura, pueden quedar preñadas por el viento; esa es la razón por la que en Creta no se separa a los caballos sementales de las yeguas. Y es que las yeguas, cuando experimentan esa sensación, se lanzan a la carrera lejos del resto de la yeguada. Esa sensación que experimentan las yeguas corresponde a la que, en el caso de las cerdas, se llama *andar al verrón*. Y, cuando les entra esa sensación, no consienten que nadie se les acerque, hasta que, una de dos, o dejan de correr de cansancio o llegan al mar. Entonces expulsan una sustancia: se le designa con el nombre de *locura de yegua*, lo mismo que la que presenta el potrillo al nacer, y es como la mucosidad de la cerda, pero la de la yegua es lo que más buscan las mujeres dedicadas a las drogas y a las pócimas⁸.

La idea es recogida en las *Geórgicas* por Virgilio, quien explica el frenesí sexual desmedido de estas hembras como una concesión que les ha otorgado la diosa Venus en venganza de Glauco, hijo de Sísifo, que impidió a sus yeguas la copulación para que fueran más veloces, lo que provocó que muriera despedazado por ellas:

Mas no hay furia amorosa que supere
la de las yeguas. Fue la misma Venus
quien se la dio, para vengar a Glauco
por su cuadriga atarazado en Potnias.
Amor es quien las lanza desbocadas

⁷ Alonso de Castillo Solórzano, *Donaires del Parnaso*, edición electrónica de Luciano López Gutiérrez (Madrid: Universidad Complutense, 2005), pp. 353-354. Recuérdese que hay cuentos populares que afirman que los niños nacen de las coles.

⁸ Aristóteles, *Historia de los animales*, edición de Luis Vara Donado (Madrid: Akal, 1990), 572a 14.

tras las cumbres del Gárgara o las olas
del resonante Ascanio: engavian montes,
pasan ríos a nado. En cuanto prende
en sus ávidas médulas la llama,
en primavera sobre todo, el tiempo,
en que más el ardor las compenetra,
véselas en las peñas, vueltas todas
la boca hacia los Céfiros, bebiendo
sus leves auras; y ¡portento raro!,
sin más ayuntamientos muchas veces,
del solo viento fecundadas vuelan
por riscos, peñascos y hondos valles,
no hacia el orto del sol ni hacia el del Euro,
sino al Bóreas y al Cauro y hacia el punto
de donde ensombrecido sopla el Austro
y el cielo atrista con heladas lluvias.
Este es el tiempo en que destila espesa
de sus partes la lúbrica ponzoña
que el nombre exacto entre pastores tiene
de hipómanes, que suelen las madrastras
confeccionar con hierbas y conjuros⁹.

La creencia es retomada, entre otros, por Plinio en su *Historia natural*, donde se muestra como protagonistas de tan milagrosas fecundaciones a las yeguas lusitanas, y se añaden ciertas excelencias que tienen los potros engendrados de tan insólita manera:

Es sabido que en Lusitania, cerca de Olisipón y del río Tajo, las yeguas colocadas de cara al Favonio conciben con un soplo fecundante y que la cría se engendra y nace extraordinariamente rápida, pero no sobrepasa los tres años de vida¹⁰.

Y la especie, como es lógico, tuvo una excelente acogida entre los literatos de nuestros Siglos de Oro, según se puede apreciar en este soneto que Góngora dedica al Conde de Villamediana para celebrar su gusto por los diamantes, las pinturas y los caballos veloces:

Las que a otros negó piedras Oriente,
émulas brutas del mayor lucero,
te las expone en plomo su venero,
si ya al metal no atadas más luciente;
cuanto en tu camarín pincel valiente,
bien sea natural, bien extranjero,
afecta mudo voces, y parlero
silencio en sus vocales tintas miente.
Miembros apenas dio al soplo más puro
del viento su fecunda madre bella,

⁹ *Geórgicas*, incluidas en *Obras completas*, traducción de Aurelio Espinosa Pólit (Madrid: Cátedra, 2003), III, vs. 268-283.

¹⁰ Plinio, *Historia natural* (antología), traducción de Josefa Cantó *et alii* (Madrid: Cátedra, 2002), VIII, 166.

Iris, pompa del Betis, sus colores,
que fuego él espirando, humo ella,
oro te muerden en su freno duro,
oh esplendor generoso de señores¹¹.

O en estos otros versos jocosos en que Castillo Solórzano se burla de lo recurrente que se ha vuelto este tópico para aludir a la velocidad de los caballos en las poesías de los culteranos:

El lomo oprime de un morcillo el joven,
y aunque hermoso caballo,
no digo yo que los guijarros trincha,
ni que se manotea con la cincha,
que es ancho de cadera, el cuello corto,
ni que del mismo Céfiro fue aborto,
largo de crin, de cola bien poblado,
que es estilo traído y manoseado;
solo diré que con la silla y freno,
para aliviar cansancios era bueno¹².

Pero en este sorprendente mundo animal descrito por los naturalistas antiguos hay una hembra que por su ardor sexual desmedido puede competir, si no superar, a las mismísimas yeguas, se trata de la perdiz que, según el mencionado Plinio, que sigue a Aristóteles, puede ser fecundada simplemente por la escucha del canto del macho o por la recogida de su aliento:

Ningún otro animal tiene una sexualidad semejante. Si permanecen en pie frente a los machos, las hembras se quedan preñadas por el aliento que exhalan, pues, permaneciendo durante ese tiempo con el pico abierto y la lengua fuera, se excitan. También conciben con el aliento de los machos que vuelan por encima de ellas, a veces incluso con solo oír la voz del macho¹³.

Y concepciones igualmente asombrosas atribuyen los antiguos a otros animales como a la víbora que queda preñada sin necesidad de copulación, mediante la introducción de la cabeza del macho en su boca, según nos relata el excelente lexicógrafo toledano Covarrubias, quizás por haber hecho una lectura errónea de Plinio:

¹¹ Véase la excelente antología elaborada por Antonio Carreira (Madrid: Castalia, 1987), p. 317.

¹² *Op. cit.*, p. 307. Recuérdese que al famoso atleta de la década de los noventa Carl Lewis todavía se le denominaba “hijo del viento” para enfatizar su velocidad. Últimamente, la profesora Alicia Canto, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, ha intentado, a la luz de los nuevos avances de la Biología, demostrar el fondo de verdad que puede haber en esta leyenda tan antigua y difundida. Según ella, la proteobacteria *Wolbachia*, de existencia probada en peces e insectos, por su papel de “clonadora natural”, pudo provocar la generación asexual de las yeguas lusitanas.

¹³ *Op. cit.*, X, 102.

Escriben de ella que concibe por la boca, y que en el mismo acto corta la cabeza al macho, apretando los dientes, o por el gusto que recibe o por el disgusto que teme recibir después al parir de los vivoreznos, los cuales siendo en número muchos, los postreros que han tomado más cuerpo y fuerza, malsufridos y cansados de esperar, rompen el pecho de la madre.

O como a la comadreja, de la que se decía también que concebía por la boca, aunque el recientemente citado humanista don Sebastián de Covarrubias lo desmiente en su imprescindible *Tesoro*:

Fabulosamente cuentan della concebir por la boca y parir por la oreja, y algunos también se han engañado, pensando que los pare por la boca, por la inquietud que tiene mudando los hijuelos a menudo de un lugar a otro, y como los lleva en la boca y ven que los suelta della, han pensado que entonces los pare.

O como a los ratones, que no conciben como consecuencia de la copulación, sino por darse lametones o chupar sal:

Su reproducción se realiza, según dicen, lamiendo y no por coito (...). Se cree también que las hembras quedan preñadas por chupar sal¹⁴.

Sin embargo, una vez concluida esta incursión por el fascinante mundo animal descrito por los naturalistas griegos y romanos, voy a centrarme en los embarazos inverosímiles y en los engendros portentosos que tienen como base el agua, según mostraba el fragmento de *Bajarse al moro* al que me referí al principio de mi trabajo.

En efecto, una buena parte de las preñeces prodigiosas de que estamos tratando en este estudio son debidas al efecto del agua, lo cual no constituye nada sorprendente, pues desde los principios de la humanidad el líquido elemento ha sido considerado símbolo de la fecundidad y de la renovación, ya que los prados, los campos, los sembrados y los bosques adquieren su lozanía por medio del agua, mientras que la sequía provoca su agostamiento, y la consiguiente interrupción de la vida vegetal, con todas las consecuencias que ello conlleva para la de los animales y la de los propios hombres¹⁵.

¹⁴ Plinio, *op. cit.*, X, 185.

¹⁵ De ahí la importancia que tiene el agua como símbolo en muchas manifestaciones literarias, en especial en la lírica tradicional, según puede apreciarse, por ejemplo, en los excelentes trabajos de Eugenio Asensio *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media* (Madrid: Gredos, 1970); o de Eglá Morales Blouin, *El ciervo y la fuente: mito y folklore del agua en la lírica tradicional* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1981); o de Margit Frenk "Símbolos naturales en las viejas canciones populares hispánicas", incluido en *Poesía popular hispánica: 44 estudios* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006), pp. 353-372.

No obstante, me parece que hay que distinguir distintas funciones que se pueden atribuir al agua en diferentes hechos inverosímiles que saldrán ahora a la palestra, pues estas funciones pueden ser indicios de las diversas mentalidades que sustentan cada tipo de creencia o leyenda.

Efectivamente, en primer lugar me voy a referir a una serie de creencias en que el agua es una especie de principio generatriz, que es capaz de dar lugar a nuevas criaturas, sin ningún tipo de participación complementaria por parte de ningún otro ser. No se olvide que muchas cosmogonías consideran que el agua es el origen del universo, y que todavía en los albores de la filosofía occidental Tales de Mileto la señaló como principio del mundo basándose en la observación, según apunta Aristóteles en un célebre pasaje de su *Metafísica*, de que el alimento de todas las cosas es húmedo, y de que la semilla de todas las cosas tiene una naturaleza, asimismo, húmeda.

Por lo tanto, nada tiene de extraño que el propio Aristóteles en su *Historia de los animales* sostenga, en contra de la opinión de otros estudiosos de su tiempo, que las anguilas no están provistas de huevos, ni de conductos seminales ni uterinos, por lo que surgen por generación espontánea de la humedad del suelo:

Algunos son de la opinión de que las anguilas procrean, porque hay anguilas en las que se encuentran gusanos: ellos creen que es de estos gusanos de los que nacen las anguilas. Pero esto no es cierto, sino que nacen de las llamadas *entrañas de la tierra*, animalillos que nacen por generación espontánea en el fango en la tierra húmeda.

Y lo mismo piensa el insigne filósofo, por ejemplo, con respecto a unos pececillos denominados *espuma*, cuyo nombre deriva, a decir del propio Aristóteles, de que surgen de la espuma que provocan las lluvias torrenciales en su impetuosa caída¹⁶.

Evidentemente, dada la aplastante autoridad que alcanzó el filósofo por antonomasia, la creencia de que hay criaturas que surgen espontáneamente del agua, o de la humedad, fue admitida por otros estudiosos posteriores. Así, Claudio Eliano nos relata curiosos casos de animales que son engendrados por mor de las lluvias, de alguno de los cuales nos asegura que fue testigo de vista:

Tengo oído que en Tebaida, cuando ha caído una granizada, se ven ratones en el lugar, una parte de los cuales es todavía barro y la otra carne. Yo mismo, al hacer un viaje de Nápoles, ciudad de Italia, a Dicearquía, sufrí los efectos de un aguacero de ranas, y la parte de ellas adyacente a la cabeza ganaba terreno, porque la movían dos

¹⁶ *Op. cit.*, respectivamente, 570a 5 y 569b.

patas, pero la otra parte se arrastaba todavía informe, y semejaba estar compuesta de una sustancia húmeda¹⁷.

Y en el contexto de la cultura española de finales del siglo XVII acoge con verdadero entusiasmo este planteamiento de Aristóteles el capuchino zamorano fray Antonio de Fuentelapeña, el cual, en su libro *El ente dilucidado*¹⁸, basándose precisamente en que muchos animales nacen por generación espontánea de la putrefacción, llega a sostener que nada menos que los duendes tienen una naturaleza animal y que han surgido de los vapores gruesos que emanan en los lugares húmedos, lóbregos e inhabitados.

Y lo cierto es que, sin mantener hipótesis tan audaces como la defendida por el padre Fuentelapeña, que en otra ocasión, por ejemplo, llega a sustentar, siguiendo a Olao Magno en su divulgadísima *Historia de gentibus septentrionalibus*, que existen en Escocia unas aves que nacen del agua al haberse caído previamente las hojas de determinados árboles, parece que la creencia de que ciertos animales nacen por generación espontánea de las aguas putrefactas es un lugar común en nuestros Siglos de Oro, como nos recuerda el profesor Pedrosa en su muy valioso estudio introductorio a *El ente dilucidado* mencionado en nota anterior, sacando a colación, entre otros, el siguiente texto perteneciente a la *Vida del Escudero Marcos de Obregón de Vicente Espinel*:

Verificóse el día siguiente que, yendo caminando, en todos los charquillos que se habían hecho del grande turbión del agua había animalejos, como sapillos, renacuajos, y otras sabandijas, engendradas en tan poco espacio, que se causa de la humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milán se veen unas bolas de culebras en mucha cantidad, engendradas de la bascosidad y putrefacción del agua, y la humedad gruesa de la misma tierra¹⁹.

Otras veces, no obstante, estos portentosos engendros no se llevan a cabo de una manera autosuficiente por parte de las aguas, sino con la colaboración correspondiente

¹⁷ Claudio Eliano, *Historia de los animales*, traducción de José Vara Donado (Madrid, Akal, 1989), II, 56.

¹⁸ Debo al profesor José Manuel Pedrosa el conocimiento de la existencia de una edición moderna de este curioso libro que todavía se encuentra en prensa: se trata de *El ente dilucidado*, edición de Arsenio Dacosta, transcripción y revisión del texto de Paul Silles McLaney y Maite Eguiazábal con la colaboración de María Antonia Muriel Sastre. La obra viene precedida, además, por tres espléndidos estudios introductorios de Teófilo Estébanez, de Arsenio Dacosta y del propio Pedrosa, al que agradezco desde aquí que me haya posibilitado el acercamiento a tan utilísima edición.

¹⁹ Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, edición de María Soledad Carrasco Urgoiti (Madrid: Castalia, 1972), t. II, p. 120. Cf. José Manuel Pedrosa, "El ente dilucidado: entre la voz y el museo de monstruos", estudio introductorio a la edición en prensa de la obra de fray Antonio de Fuentelapeña citada en nota anterior.

de machos y hembras. Así, por ejemplo, todos recordamos el famoso episodio de la mitología griega en que se narra el nacimiento prodigioso de la diosa Afrodita de la espuma del mar en donde había caído el miembro viril de Urano rebanado con una hoz por su hijo Cronos. Pues bien, el ya citado naturalista Claudio Eliano, en esta misma línea, nos relata el fascinante nacimiento de las grullas marinas. Según él, son estos animales unos peces que se crían en el mar de Corinto que tienen unos quince pies de largo y el grosor aproximado de una anguila. Ahora bien, estas extrañas criaturas tienen la cabeza y la boca semejantes a las grullas, y sus escamas se parecen enormemente a las plumas de las referidas aves. Y ello es así, según Eliano, porque estos peces se engendraron en cierta ocasión en que una bandada de grullas sobrevolaba este mar en uno de sus habituales viajes migratorios, y se dio la circunstancia de que, gracias al sople del viento, machos y hembras experimentasen deseos sexuales irreprimibles, de modo y manera que se dispusieron a copular en pleno vuelo, pero como el apareamiento, debido al excesivo peso que tenían que soportar las hembras con los machos sobre ellas, fue imposible, estos últimos, presos de una excitación desmedida, derramaron su semen sobre las aguas del mar, que lo acogió en su seno para dar lugar a esos sorprendentes engendros denominados *grullas marinas*²⁰.

Sin embargo, suele ser más frecuente que en el surgimiento de estas criaturas portentosas el agua asuma el papel masculino y fecunde a determinadas mujeres que se sumerjan o, simplemente, tomen contacto con ella, tal como pensaban los melanesios que, según Malinowski, consideraban que sus mujeres empañaban por exponerse imprudentemente a la lluvia o al goteo de una estalactita en una cueva, lo que posibilitaba que se introdujera en su cuerpo el niño-espíritu²¹.

En efecto, las leyendas que responden a esta tipología son muy abundantes y de gran antigüedad²². Así, en la mitología hindú se da por hecho que Parvati, la esposa de Siva, es el fruto de un baño de su madre Ganesa, que no tuvo ningún contacto sexual con macho alguno. Y, en este mismo sentido, las tribus algonquinas de América explicaban la aparición de la especie humana en el mundo relatando que dos hermosas jóvenes, anteriores a nuestra raza, tras haberse bañado en el mar, quedaron grávidas, y que de una de ellas nació un niño y de la otra una niña, que son los primeros padres de

²⁰ *Op. cit.*, XV, 9.a.

²¹ Borislav Malinowski, *Sexo y represión en la sociedad primitiva* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1974), p. 127.

²² Aunque siguen teniendo vigencia en la actualidad, pues hace solamente unos días mi alumna Laura Campos me aseguraba que hasta hace pocos años en el pueblo conyuense de Las Mesas las señoras mayores decían a las adolescentes que si se duchaban teniendo la regla se podían quedar embarazadas.

todos los hombres. Y en esta misma línea, los sabeos creen que la madre de san Juan Bautista quedó encinta por vía oral al beber un vaso de agua que le ofreció un ángel por mandato de un personaje celestial que había pronunciado sobre el agua una especie de conjuro, lo que provocó el inmediato embarazo de la mujer, y un asombroso parto, tras los meses de rigor, también por vía oral²³.

Y en el mundo animal tenemos el caso, por ejemplo, de las conchas perlíferas, que, según Covarrubias, que a su vez lo toma de Plinio, conciben las perlas, a las que deben su nombre, al abrir sus valvas en época de celo para recibir una especie de rocío fecundante, del color del cual, claro u oscuro, resulta la correspondiente tonalidad de la perla engendrada.

No obstante, las leyendas antiguas que guardan mayor relación con el pasaje de *Bajarse al moro* sacado a la palestra al comienzo de este artículo son aquellas, sin duda derivadas de las anteriores, pero más evolucionadas, ya que muestran un intento de racionalización, pues suponen la unión de los gametos masculino y femenino para originar un nuevo ser, en que las criaturas nacidas con la colaboración del agua son producto de la fecundación de las hembras por parte de los machos, si bien el agua actúa como el vehículo imprescindible que arrastra el semen hasta la madre y provoca su embarazo, por vía oral o vaginal sin que ella haya tenido ningún tipo de trato sexual, por lo que puede conservar su virginidad. Así, los guebres aseguran que su profeta Ibrahim en cierta ocasión en que cruzaba milagrosamente un río sin ayuda de una barca dejó caer sobre sus aguas tres gotas de semen que permanecerán allí indefinidamente conservando toda su virtud fecundante y que, con el paso del tiempo, Dios escogerá a su hija predilecta, hará que se quede embarazada con estas gotas de semen, y que alumbre a los tres hijos del profeta, que serán los encargados de predicar la ley de su padre y de conseguir que sea aceptada por su propio pueblo y por los restantes pueblos del mundo para que pueda producirse la resurrección universal.

Otras veces no es el agua la que actúa como agente trasmisor del esperma, sino alguna fruta o baya donde ha sido depositado a tal efecto. Tal es lo que ocurre en una antigua leyenda inca, en la que se cuenta que una joven diosa virgen se quedó encinta gracias a que comió un fruto al que había rociado con su semen el poderoso dios

²³ Para este tipo de leyendas es obligada la consulta del libro de Pierre Saintyves, *Las madres vírgenes y los embarazos milagrosos* (Madrid: Akal, 1985). La traducción es de Juan Carlos Bermejo Barrera. Seguramente son ecos de estas creencias los rituales, todavía muy abundantes en distintas latitudes, sobre todo en torno a determinadas festividades como San Juan o Pascua, en que las mujeres se bañan en determinadas fuentes, ríos, lagos o playas, porque consideran que el entrar en contacto con el agua o beberla facilitará su posterior fecundación.

Viracocha. Y lo mismo sucede en una leyenda irlandesa donde la princesa Bred, hija del rey Ronan, se quedó embarazada cuando se comió un berro que había junto a una fuente en el que el astuto Findach había derramado su semen para tener descendencia de la bella princesa.

Pues bien, me parece evidente el parentesco de estas últimas leyendas que he recogido aquí con el episodio de *Bajarse al moro* transcrito al abrir mi estudio, pues la recurrencia de motivos y la creencia que los sustenta así lo demuestran, ya que en todos estos casos se produce un embarazo sin que haya habido una relación sexual, debido a que un agente externo a los padres, unas veces el agua y otras una fruta, conserva el esperma paterno con su poder fecundante intacto hasta hacerlo llegar al cuerpo de la madre.

Sin embargo, la función social de las leyendas antiguas es distinta a la de las que aparecen en las conversaciones de los adolescentes de nuestros días, pues en la leyenda inca o en la leyenda de los guebres, por ejemplo, el embarazo prodigioso se produce respondiendo al designio de algún dios o héroe, y su propio carácter portentoso, unido al hecho de que generalmente la madre es virgen, es un anuncio del carácter excepcional que va a tener la criatura producto de tan asombrosa concepción, cuando no prueba de su carácter divino o casi divino por la condición de su progenitor.

En las leyendas que responden al tipo de la recreada por Alonso de Santos, en cambio, el embarazo resultante no responde a ningún designio de un ser excepcional, sino que se produce por azar, como una especie de contagio, de tal manera que, como señalé al principio del trabajo, parecen reflejar el miedo de las adolescentes a quedarse embarazadas, o tener su origen en los mayores que pretenden infundir este miedo a los adolescentes, o en personas que tratan de ocultar la verdad con esta clase de narraciones eufemísticas, como hacía una aristócrata española, según contaba don Camilo José Cela, que, tras recibir la noticia de su médico de que tenía una enfermedad infecciosa de transmisión venérea, intentó convencerle de que la había debido de contraer en un servicio, a lo que el galeno respondió: “Sí, la ha podido contraer en un servicio, pero jodiendo”²⁴.

²⁴ En el ya citado libro de José Manuel Pedrosa *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*, se nos ofrece el testimonio de un informante que interpreta en este último sentido la leyenda recreada en *Bajarse al moro*: “Lo de la embarazada por bañarse en una piscina recuerdo haberlo oído comentar a una profesora cuando yo hacía BUP. Ella lo decía como ejemplo de lo que se decía antes para justificar un embarazo de soltera. Aparece en *Bajarse al moro*, donde la madre de la protagonista, que es bastante pija, ha hecho creer esto a su hija”. Cf. *op. cit.*, p. 270.

Y es que, efectivamente, tales leyendas guardan bastantes semejanzas con otras que se cuentan sobre contagios inverosímiles o sobre animales que invaden el cuerpo a través de cualquiera de sus orificios, y, tal vez, responden a los mismos temores, o son instrumentalizadas en idéntico sentido.

Así, en el reciente libro de divulgación de Santiago Camacho *Leyendas urbanas. ¿Qué hay de verdad en ellas?*, se cuenta el caso de una empleada de correos que, antes de que se usaran los sobres y sellos autoadhesivos, estaba acostumbrada a pegarlos chupándolos, hasta que un día sintió una gran hinchazón en la lengua, que provocó que tuviera que visitar a varios médicos para que le aliviaran las molestias de tan extraña enfermedad, de diagnóstico nada fácil. Por fin, uno de ellos decidió realizar una pequeña incisión en el bulto en vista de que la paciente no respondía a los diferentes tratamientos, y, para sorpresa de propios y extraños, se encontró con que salía de él una cucaracha moribunda y sanguinolenta, lo que explicaba la causa de la hinchazón que no era otra sino que en algún sobre o sello estaba pegado algún huevo de cucaracha que se había incubado en la lengua de la imprudente oficinista gracias al calor y a la humedad.

En este mismo sentido, el ya citado Jan Brunvand en su obra *The Choking Doberman* recoge la historia de una joven californiana que un buen día empezó a experimentar síntomas de embarazo, aunque ella aseguraba que no había tenido ninguna relación sexual. Examinada concienzudamente por los médicos, se descubrió que la hinchazón que se observaba en su abdomen era nada menos que un pequeño pulpo vivo que se aferraba a las paredes de su estómago, pues sin duda la chica mientras nadaba en el mar se había tragado un huevo de este animal que incubó y llegó a eclosionar en el interior de su cuerpo.

Evidentemente, estas narraciones de mujeres que se quedan embarazadas de espermatozoides flotantes, o incuban dentro de su organismo huevos de los más insospechados seres que desovan en el agua, tienen una gran antigüedad, pues probablemente se sustentan en reminiscencias de las ancestrales creencias del líquido elemento como potencia generatriz, según he expuesto arriba.

Por lo tanto, nada tiene de raro que el médico renacentista francés antes citado Ambroise Paré, en su magnífico libro *Monstruos y prodigios*, tenga que rebatir por falsos relatos como el del pulpo que acabo de citar:

Se han visto mujeres que arrojaban por la matriz serpientes y otros animales, cosa que puede ocurrir por la corrupción de ciertos residuos retenidos en el útero, igual que se forman en los intestinos y en otras partes de nuestro cuerpo gusanos gruesos y

largos, incluso velludos y con cuernos, como los mostraremos a continuación. Algunos han querido sugerir que semejante cosa puede producirse cuando se baña una mujer, si accidentalmente algún animal venenoso, como una serpiente o similar, ha desovado y expandido su semen en el agua, y en tal lugar sucede que con el agua se saque semejante suciedad; si, además, la mujer se baña en ella poco después, teniendo en cuenta sobre todo que, a causa del sudor y del calor, todos sus poros están abiertos. Pero semejante circunstancia no puede producirse, ya que la virtud generadora de este semen queda sofocada y apagada por la gran cantidad de agua caliente, unido ello también al hecho de que la boca de la matriz no se abre, de no ser en el momento del coito, o si manan las reglas.

Y lo mismo se vio obligado a hacer con las historias relativas a las preñeces provocadas por los espermatozoides flotantes en los baños, cuya creencia, según Saintyves que cita a De Charencey y Hartland, se remonta a Aristóteles y Averroes:

Así pues, puede comprobarse hasta qué punto se equivocó torpemente Alberto el Escoliasta al escribir que, si vuelve a colocarse dentro de la matriz el semen caído en tierra, sería posible la concepción. Otro tanto puede decirse de la vecina de Averroes, que le había jurado, según cuenta él, que había concebido un hijo del semen de un hombre que había eyaculado en el baño, y que ella quedó embarazada al bañarse en el mismo²⁵.

No obstante, a pesar de los intentos del eminente cirujano francés por negar la veracidad de estos relatos, lo cierto es que hay contemporáneos nuestros que siguen dándoles crédito, según se constata en los libros sobre leyendas urbanas de José Manuel Pedrosa y de Santiago Camacho mencionados arriba, por lo que no tiene nada de sorprendente que el capuchino de finales del siglo XVII fray Antonio Fuentelapeña en su libro varias veces citado *El ente dilucidado* continúe sosteniendo que los hombres pueden engendrar dentro de sí ratones, moscas u otras sabandijas, si se da la circunstancia de que ingieran almentos impregnados de los líquidos seminales de estos animales, o nos relate extraños embarazos como el de una casta doncella que dormía en la misma cama que su honesto padre, con tan mala suerte que se quedó encinta, porque su progenitor eyaculó en sueños, y ella absorbió el semen paterno con sus poros, lo que provocó que llegara hasta su matriz con funestas consecuencias.

Y, en este mismo sentido, uno de nuestros escritores más afamados de los Siglos de Oro, el inmortal Lope de Vega, en una de sus cartas a su benefactor el Duque de Sessa, carta de acendrada crítica anticlerical, escribe las siguientes palabras, muy reveladoras del poder genesíaco de los reverendos tonsurados:

A la fe, Señor, ellos tienen hijos y otros los crían; perdone lo descalzo; pero yo sé que un letrado portugués probó en una información que se había de mudar una casa

²⁵ *Op. cit.*, p. 62 y pp.82-83, respectivamente.

de bonetes del sitio en que estaba, porque a un río venía a dar, adonde se cogía agua para beber el pueblo; y decía que como se lavaba en el colegio la ropa de los tales padres, no sé qué manchas de las camisas se deshacían en el agua y de aquella andaban preñadas todas las mujeres que la bebían²⁶.

²⁶ Véase *Epistolario de Lope de Vega*, edición de Agustín González de Amezúa, (Madrid: Real Academia Española, 1941), t. III, pp. 345-346 (nº 353). Cf. Julio Caro Baroja, *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español* (Madrid: Istmo, 1980), pp. 48-49. He modernizado la ortografía.